

en el mercado simbólico, su presencia como agentes de ese mercado y el nivel de cotización de sus respectivas aportaciones se decida en ellas.

En la situación presente y en el contexto en el que ejercemos nuestra actividad profesional, la reflexión sobre este género de cuestiones no sólo me parece pertinente sino también urgente. Las modificaciones de planes de estudio, la aparición de nuevas titulaciones, evidencian cómo la identidad de la psicología —a cuya consolidación los estudiosos de la historia pretendemos contribuir— puede ser cercenada, diluida, mistificada y quién sabe si eliminada del mercado simbólico sin que ello tenga mucho que ver con los legítimos intereses de la comunidad científica y sin que ésta, hasta el momento, haya encontrado la manera de hacer oír su voz.

En otro orden de cosas, el avance en la tecnología de las comunicaciones, la inmediatez con la que los acontecimientos sociales pasan a formar parte del pasado, el rápido consumo de información, etc., provocan cambios sustanciales en las nociones de recuerdo, temporalidad, antigüedad o novedad, que son los ejes básicos de la historia. Con toda probabilidad, estas modificaciones van a incidir en la perspectiva histórica y en sus posibilidades críticas así como en los criterios de valor aplicables a sus discursos y a las funciones sociales que éstos habrán de desempeñar en un panorama futuro que ya está totalmente abierto en la actualidad. Todo ello exige, a mi entender, algún tipo de replanteamiento que los agentes de los discursos históricos deberíamos decidir y emprender.

No quiero terminar mi comentario sin hacer mención a la calidad, interés y novedad que ofrece la propuesta metodológica que proponen los autores. No sólo porque la perspectiva del análisis del discurso abre posibilidades nuevas a la historiografía de las producciones científicas, sino también por cuanto tiene de integración de conocimientos y estrategias de la propia psicología y sus teorías acerca de la acción humana. Felicito a los autores por ello con la esperanza de que sus virtudes intelectuales sean contagiosas y de que emprendamos una larga y fructífera discusión.

## Sobre el objeto y el método de la Historia de la Psicología

Miquel Siguan  
*Universitat de Barcelona*

Es un placer poder dar cuenta de la aparición de un libro importante y más en un campo tan escasamente atendido como es la Historia de la Psicología. Y

me ilusiona pensar que su aparición constituye una demostración de una renovación del interés por su estudio entre nosotros.

Razonablemente los autores empiezan por afirmar que la Historia de la Psicología tiene como objeto principal el análisis y la interpretación de los discursos psicológicos que se han sucedido a lo largo del tiempo; pero los discursos psicológicos son siempre discursos de alguien y admiten por tanto una interpretación biográfica. Y por otra parte, tanto el discurso como su autor existen en el seno de instituciones que de alguna manera los condicionan. Análisis del discurso, análisis biográfico y análisis sociocultural constituyen los capítulos centrales del libro que comento.

El análisis de los discursos psicológicos supone un paso previo que es decidir qué discursos pueden considerarse como psicológicos. Los autores consideran que la psicología objeto del interés del historiador es la psicología con pretensiones científicas y por tanto la que se configura a finales del siglo XIX aunque rehúsan identificar la constitución de la psicología con la adopción de un paradigma científico determinado, el de la ciencia natural y experimental, porque son conscientes de que la psicología que pretende ser científica incluye formulaciones muy diversas y aun incompatibles entre sí, de modo que definen como psicología a los discursos de temática psicológica y con pretensiones de científicidad. No ocultan sin embargo la ambigüedad de la definición, pues aunque la ciencia vaya de lo particular a lo general reconocen que muchos discursos psicológicos implican asunciones sobre lo general y también que los autores difieren a la hora de aceptar como datos psicológicos la conciencia o la intencionalidad. Y las mismas ambigüedades pueden advertirse en la explicación o la interpretación psicológica, que para unos autores es la causalidad fisiológica y para otros la correlación con datos igualmente psicológicos.

Pero lo más original de este capítulo es la propia concepción de los saberes psicológicos como discursos y la aplicación al discurso psicológico de las categorías elaboradas por la lingüística contemporánea. Ello permite insistir en los aspectos de correlación interna, pero permite sobre todo recordar que un discurso está condicionado por el contexto en el que el discurso se concibe, en el hecho de que el discurso es siempre un diálogo con otros discursos y en que el discurso está dirigido a un receptor, lo que en el caso del historiador obliga a tener en cuenta tanto a los receptores a los que el texto estaba destinado como al propio historiador que lo recibe desde la perspectiva actual.

Igualmente profundo y original es el capítulo dedicado a la interpretación biográfica del discurso y en el que a partir de algunos ejemplos se presenta la estrecha conexión entre el discurso y la peripecia intelectual y vital de su autor. Algunos ejemplos pueden considerarse clásicos como es el caso de Wittgenstein en el que resulta imposible entender nada de sus puntos de vista sin atender a su propia peripecia vital. A ellos añaden otros ejemplos de su cosecha, así las consideraciones sobre cómo influyó la enfermedad de Viqueira sobre su producción psicológica.

Y dado que tanto los discursos como sus autores están inmersos en un medio social e institucional, el tercero de estos capítulos centrales se dedica a analizar su influencia sobre el discurso psicológico. Por medio social hay que en-

tender desde el ambiente científico y el repertorio de creencias que se consideran científicas en un momento dado hasta los límites que establece la doctrina o la escuela en la que el autor se inscribe. Y descendiendo un paso más también la institucionalización de la psicología, el hecho de que hoy sea una enseñanza universitaria, el hecho de que constituya un ámbito de investigación reconocida y subvencionada, con órganos de difusión propios, y el que esta enseñanza universitaria desemboque en una profesión son otros tantos hechos que condicionan los discursos psicológicos y que hay que tener en cuenta a la hora de interpretarlos.

Y después de estos planteamientos básicos, en uno de los capítulos finales se aborda la búsqueda de documentos en las circunstancias de nuestro tiempo y las técnicas para sistematizarlos y ponerlos a punto para la labor del historiador. En otro, la naturaleza del propio saber histórico que en definitiva se concreta también en un discurso que tiene sus propios objetivos y sus propios condicionamientos. Finalmente un último capítulo se dedica a la enseñanza de la Historia de la Psicología convertida en una asignatura del plan de estudios del psicólogo. Al llegar aquí los autores recuerdan la larga relación de objetivos que se proponen para la Historia de la Psicología y los efectos beneficiosos que su estudio debería tener en la formación de los psicólogos y en la propia investigación psicológica. Una encuesta, muy inteligentemente planteada, entre alumnos de un curso de Historia de la Psicología profesado por los autores ofrece unos resultados que no permiten ser muy optimistas sobre esta enseñanza.

Basta este rápido resumen para justificar mi afirmación de que se trata de un libro importante de lectura imprescindible para todo el que se interese por esta ciencia y que durante mucho tiempo será una referencia obligada para todos los que la cultiven. Pero porque lo creo así, mi mejor elogio es señalar algunos puntos en los que me gustaría que los autores profundizaran o prolongasen su trabajo.

Que cualquier documento y también cualquier acontecimiento histórico admite ser interpretado en relación con otros documentos o con otros acontecimientos es evidente, como es igualmente evidente que unos y otros pueden ser interpretados en función del autor del documento o del protagonista del acontecimiento y por ello cualquier relato histórico ha de intentar combinar ambos puntos de vista. Dos puntos de vista que no son sin embargo fácilmente conciliables. Recordemos que la teoría del discurso en la que tanto se apoyan los autores fue propuesta en un campo tan fácil para la interpretación biográfica como es la literatura y justamente para negarla. Para esta teoría el texto literario es plenamente significativo en sí mismo con plena independencia de su autor y de sus intenciones. Pero esta oposición entre dos perspectivas interpretativas es todavía más fácil de mostrar en el caso del discurso científico pues en la medida en que pretende ser plenamente objetivo es independiente de las circunstancias personales de quien lo enuncia. De manera que el conciliar las dos perspectivas en un mismo relato histórico presenta dificultades de fuste que habría que aclarar.

Si los autores del libro son de todos modos claramente conscientes de esta oposición y de las dificultades que plantea, hay otra a la que no prestan mayor atención y que me permito señalar. Hablan de historias particulares que en definitiva sólo tienen sentido en función de una historia general; es posible escribir una historia del conductismo o del psicoanálisis, una historia de la psicología de

la percepción o de la psicología aplicada, igual como es posible escribir una psicología limitada a un ámbito geográfico «Alemania, España, Madrid o San Sebastián de los Reyes» como dicen los autores. Todas estas historias parciales sólo adquieren sentido en la medida en que se integran en una historia general. Comparto plenamente esta opinión y aun añadiría que una Historia de la Psicología debería integrarse en una historia general de la ciencia y ésta en una historia general de la cultura y aun si se quiere en una historia integral de la humanidad. Pero no todo el mundo lo cree así. Fue en el siglo XIX cuando empezaron a escribirse historias nacionales de la literatura, del arte y también de la ciencia. El supuesto implícito era que cada nación ha desarrollado una cultura propia que deja sus huellas en todas sus producciones culturales. Entendida así la historia de la psicología española no sólo sería la historia de la psicología hecha en España sino que mostraría unos rasgos específicos ligados a un estilo nacional de enfrentarse con la realidad.

Un tema de mayor transcendencia es el que ya he insinuado en el curso del resumen, la relativa ambigüedad en la definición de qué textos hay que considerar como psicológicos y por tanto en lo que hay que entender por psicología, y ello tanto respecto al objeto que se propone como al tipo de explicaciones que acepta. En algún momento se dice que el libro se titula *Metodología* porque se dedica a los métodos para investigar y enseñar Historia de la Psicología pero que la discusión a fondo de los problemas de fundamentación quedan para un libro en preparación. Habrá que esperar a este libro para aclarar las ideas de los autores sobre la psicología que merece el calificativo de científica y por tanto digna de ser historiada.

Hay sin embargo un aspecto estrechamente relacionado con los argumentos del libro que comento que quiero destacar y con ello cerrar este comentario. El libro constituye una reflexión sobre el método histórico aplicado al caso especial de la psicología pero dando por supuesto que los problemas que en él se abordan son comunes a la historia de cualquier ciencia y lo mismo puede decirse de los frutos que se esperan del cultivo de su historia. Pero, ¿es esto así?

Al comienzo del libro y en unas páginas excelentes los autores enumeran las razones que pueden justificar el interés por la Historia de la Psicología y la utilidad de su enseñanza. La historia sugiere a los investigadores actuales temas de reflexión y posibilidades para nuevas investigaciones lo que parece implicar una cierta perpetuidad de los problemas planteados por la psicología. Pero además el conocimiento de las distintas maneras de entender la psicología, la familiaridad con distintas escuelas, al mismo tiempo que fomenta la tolerancia incita a formarse un criterio propio. E incluso es posible pensar que a falta de una doctrina psicológica única la historia de la psicología nos ofrece una posibilidad de percibir la unidad de esta ciencia. Y aun hay quien añade que a lo largo de la aventura histórica que es el desarrollo de la psicología el hombre intenta descubrirse a sí mismo, lo que pondría de relieve el estrecho paralelismo entre la tarea del historiador y la del psicólogo. Y se puede añadir todavía que la historia de la psicología parece que obliga a formular algún juicio valorativo sobre su desarrollo, ¿se trata de un progreso continuo o de un desarrollo circular con avances y retrocesos dando vueltas siempre a los mismos problemas? Ahora bien, ¿se podría repetir todo lo que acabo de resumir para la historia de la física o de la biología?

La verdad es que la mayoría de los científicos actuales: físicos, químicos o biólogos, consideran que la historia de su disciplina científica no les ofrece ninguna ayuda a la hora de hacerla progresar. Y no digamos los que cultivan aplicaciones de estas ciencias, así los que se dedican a la electrónica o a la informática. El saber cómo funcionaban los primeros ordenadores o cómo se producía acero en un convertidor Bessemer puede resultar muy curioso y ser objeto de un discurso histórico pero no tiene ninguna utilidad para el investigador actual. Y las teorías en las que se apoyaron éstas u otras aplicaciones han perdido igualmente vigencia, la teoría del flogisto como explicación de la combustión hace tiempo que se abandonó igual como en tiempos más recientes se abandonó la teoría del éter para explicar la propagación de las ondas del espacio. Y la teoría atómica tal como se conocía hace cincuenta años no se ha abandonado pero se ha desarrollado y complicado de tal modo que un tratado de física atómica escrito hace medio siglo es totalmente inútil para el investigador actual. De manera que la historia de la física puede resultar muy interesante para los que se ocupan del pasado científico de la humanidad pero es irrelevante para el investigador físico en cuanto a tal, para quien los nuevos descubrimientos substituyen a los conocimientos pasados y para quien el progreso en el conocimiento científico es indiscutible. Es sabido que muchos psicólogos tienen una actitud parecida y creen incluso que la indiferencia por la historia de su disciplina es una confirmación del carácter científico de la psicología que profesan.

Y lo que en el propio libro se dice sobre el desarrollo histórico de la historia de la psicología parece abonar esta opinión. Durante el siglo XIX abundaron las historias de la psicología entendidas como conocimiento del hombre y arrancando desde la más remota antigüedad, mientras que a finales del siglo XIX y comienzos del XX con la adopción de criterios científicos se difundieron y valoraron historias de la psicología entendida estrictamente como ciencia. Pero a partir de la década de los 30 el interés por la historia disminuye rápidamente, disminución que en América se atribuye al predominio del paradigma conductista y en Europa a las consecuencias de la guerra, a lo que se añade la imitación del ejemplo americano. Es cierto que a partir de los setenta renace el interés por la historia de la psicología en núcleos de especialistas de esta disciplina que se ha institucionalizado, pero concentrada en grupos de especialistas sin que la mayoría de los psicólogos demuestran un gran interés por ella. Algo parecido a lo que ocurre con las ciencias naturales en las que también existen grupos de especialistas interesados en su historia.

A todo lo cual se debe oponer una reserva. Mientras un biólogo se ocupa de la dotación genética de una especie puede prescindir de todo lo que se dijo sobre el tema antes del descubrimiento del DNA. Pero si quiere interpretar sus aportaciones experimentales en función de la teoría de la evolución no le basta con decir que la teoría de la evolución es ya algo aceptado e indiscutido en biología, porque el significado de la evolución, la relación entre azar y necesidad a la hora de explicar el progreso evolutivo y su aparente finalismo, continúa siendo una cuestión discutida. Y en esta discusión la apelación a los puntos de vista de Darwin y de las controversias que levantaron siguen siendo de actualidad. Y lo que he dicho sobre la evolución puede repetirse para la relatividad o para las concepciones del tiempo y del espacio implícitas en la teoría del «big band». O sea

que cuando el científico quiere poner en relación sus descubrimientos con la totalidad del objeto de su ciencia y con las grandes hipótesis explicativas la referencia histórica a los fundamentos de estas teorías continúa siendo actual.

Y lo mismo puede decirse de la psicología, pero con la diferencia que si el físico sólo esporádicamente necesita poner en relación sus descubrimientos con la totalidad del cosmos, el psicólogo necesita en cada caso poner en relación sus descubrimientos con la totalidad del hombre, objeto último de su ciencia. Y la totalidad del hombre significa el hombre consciente e intencional. Y referirse a la consciencia y a la intencionalidad, aunque sea para negar la posibilidad de tratarlas científicamente, remite inmediatamente a discursos históricos que han marcado distintas orientaciones psicológicas.

Al mismo resultado llegamos cuando atendemos a las implicaciones éticas de la ciencia. Que el conocimiento de la naturaleza puede tener consecuencias perversas basta el ejemplo de la bomba atómica para mostrarlo. Pero es cierto que se trata de un caso extremo y que la mayoría de las aplicaciones son, al menos a primera vista, relativamente inócuas y que en el caso de la bomba atómica es posible separar muy claramente entre los desarrollos científicos que la hicieron posible y los políticos que dieron la orden de fabricarla y más adelante de emplearla, de modo que el científico puede fácilmente olvidar su responsabilidad en el proceso. Pero el psicólogo, y no digamos el psicólogo en ejercicio, actúa siempre sobre seres humanos y su responsabilidad resulta ineludible. Y en el tratamiento de los problemas éticos las referencias históricas resultan obligadas.

Todo lo cual podría resumirse diciendo que la psicología es una ciencia pero que porque tiene como objeto al hombre, a la vez objeto y sujeto de conocimiento, es una ciencia con características singulares y únicas respecto al conjunto de las ciencias de la naturaleza y que esta singularidad hace que la relación con su propia historia sea también singular. Ésta al menos es mi opinión y aun me atrevo a sospechar que no muy lejana de la de los autores del libro que comento.

## Haciendo historia para el futuro de la psicología

Alberto Rosa  
Juan Antonio Huertas  
Florentino Blanco  
*Universidad Autónoma de Madrid*

Queremos, en primer lugar, agradecer al *Anuario de Psicología* la oportunidad que se nos da de someter a discusión la propuesta metodológica que hemos hecho para la Historia de la Psicología. Igualmente hemos de dar las gracias